

le permitían acceder a los conocimientos jurídicos, tecnológicos y literarios a la altura del tiempo, hubiera debido ser pobre, triste, o, al menos, corcovado. Un hombre apuesto debiera haber sido analfabeto y, si resultaba intelectualmente atractivo, debía, al menos, ser antipático y de origen obscuro. ¿Pero cómo tolerar que coincidieran tantas buenas condiciones sin que la úlcera dolorosa que su amigo y colaborador, Agustín de Foxá, recomendaba a los triunfadores, hiciera perdonar sus otras cualidades? ¿Cómo fiarse de quien tenía ideas propias, no precisamente convencionales y mazorrales, e independencia para defenderlas como creía conveniente, pudiendo decir sí o no en lugar del mero asentir?

Así era y es España. Hace sus hombres y los gasta y, con ello, ciertamente se empobrece. Pero el inmenso derroche que la política española cometió con Areilza no impidió que el resultado de sus tareas diplomáticas, el acierto de sus intuiciones constitucionales y sus lecciones sobre el buen decir parlamentario y el buen hacer social, sigan en pie. Y eso es lo que al final será contado: la obra bien hecha.

Descanse en paz su autor y congratulémonos de haber sido sus amigos y colegas.

## **VÍCTOR GARCÍA HOZ: IN MEMORIAM**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Antonio Millán Puelles

Sr. Presidente; Sres. Académicos; muy apreciados y estimados miembros de la familia de nuestro compañero el Profesor García Hoz:

No hace aún dieciocho años (se cumplirán en el próximo mes de octubre), tuve el honor y la entrañable satisfacción de dar la bienvenida al Profesor García Hoz con mi discurso de contestación al suyo de ingreso en esta Real Academia. Hoy tengo, en cambio, el triste privilegio de hacerle la despedida necrológica con la ayuda de nuestro compañero Don Alfonso López Quintás.

Disculpen estas referencias, indirectas o directas, a mi propia persona. Las justifica el hecho de mi íntima vinculación a la persona del Profesor

García Hoz. Es explicable que, en virtud de la fraternal amistad que nos unió, yo me haya visto en el caso de tener que referirme a mí mismo. Le traté personalmente a lo largo de muchos años, y de un modo muy especial en los primeros de mi actividad profesional como Catedrático de la Universidad Complutense, llamada Central entonces. Incluso colaboré con él en el Instituto San José de Calasanz de Pedagogía, parte integrante del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Siendo él Presidente, y yo Secretario, del mencionado Instituto, realizamos un largo viaje por tierras europeas (Francia, Suiza, Austria, Alemania y otra vez Francia), preparando unos trabajos de investigación sobre Enciclopedias Pedagógicas y otros asuntos afines. Con todo ello el trato, apenas iniciado en los comienzos del viaje, llegó a estrecharse y ahondarse en medida muy superior a la que yo podía prever.

En el orden personal, fue García Hoz, ante todo, un auténtico «hombre de paz». El propio temperamento, y no sólo la forma de pensar, eran en García Hoz las cualidades de un hombre eminentemente pacífico, siempre conciliador. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que estuviese inclinado al seudo-irenismo filosófico, político, etc., que consiste en decir amén a lo que cualquiera afirma. Antes por el contrario, tuvo siempre una ejemplar gallardía en la defensa de sus propias tesis, manteniendo un cabal respeto a las personas que sostenían las contrarias. La discusión con él no era en ninguna ocasión una pelea.

El Cardenal Albino Luciani, que luego fue el Pontífice Juan Pablo I, mencionó expresamente a García Hoz en un artículo sobre el Opus Dei, publicado en un diario de Venecia el 25 de junio de 1978. A propósito de la espiritualidad del Opus Dei, el Cardenal Luciani reproducía y glosaba unas frases de García Hoz, refiriéndose a la participación que en la vida contemplativa puede tener un hombre casado, padre de familia numerosa y metido de lleno, a través de su profesión, en los asuntos de este pícaro mundo. Cito este testimonio porque me parece que refleja uno de los aspectos más destacados en la personalidad de nuestro Víctor García Hoz, tan querido de todos nosotros.

Paso a ocuparme de su pensamiento. Cuando Víctor García Hoz ingresó en esta Academia había ya publicado veintiocho libros, más no sé cuántos artículos de investigación monográfica, aparecidos en revistas españolas y extranjeras, junto con muy abundantes comunicaciones a congresos pedagógicos nacionales e internacionales y conferencias pronunciadas en Suramérica, Portugal, Francia, Alemania, Italia, etc. Limitándome a los asuntos y temas centrales de su pensamiento, creo que cabe cifrarlos en los tres siguientes: 1.º la denuncia del falseamiento de la educación; 2.º el equilibrio entre las dos vertientes, la empírica y la filosófica, de la pedagogía; y 3.º la idea de la educación personalizada.

Como ya dije en mi discurso de contestación al de ingreso de García Hoz en esta Academia, se juntaban en nuestro compañero las dos condiciones que los alemanes distinguen, sin dejar de admitir su posible compatibilidad, con los nombres, respectivamente, del *Pädagogus* y del *Pädagogiker*. El primero es el hombre que educa, y el segundo el que teoriza sistemáticamente sobre la educación. Ambas condiciones se dieron, efectivamente, en García Hoz, quien ante todo desempeñó las funciones de la enseñanza primaria, siendo luego el primer español que obtuvo el título de Doctor en Pedagogía y accediendo posteriormente a la enseñanza universitaria como catedrático, en la Universidad Central, de la asignatura de Pedagogía Superior y, más tarde, de Pedagogía Experimental y Diferencial.

El primero de los tres asuntos centrales que en el pensamiento de García Hoz he señalado, a saber, la denuncia del falseamiento de la educación, fue precisamente el tema del discurso de ingreso de García Hoz en esta Corporación. El título de su discurso fue *La educación y sus máscaras*. Esas máscaras, sostenía nuestro compañero, encubrían la adulteración de la actividad educativa, que venía produciéndose en España desde bastantes años atrás. En conversaciones que mantuve con García Hoz hacia los años 70, me habló inequívocamente de la decadencia de la enseñanza media e incluso de la universitaria. Por lo que atañe a esta última, consideraba él una auténtica calamidad la supresión de los cursos comunes en la Facultad de Filosofía y Letras, supresión que haría posible, como de hecho ocurrió, que quienes terminaban sus estudios en esta Facultad, incluidos los que pertenecían a la llamada filosofía pura, lo hiciesen sin haber hecho cursos universitarios de latín ni de griego.

En relación con el «progresivo» descenso del nivel de la enseñanza media, me viene a la memoria el comentario de García Hoz a mi lamentación del estado en que la UNESCO nos puso con unos planes de enseñanza que eran como si estuviésemos en alguno de los países menos desarrollados de América del Sur. «Oh!, me replicó García Hoz inmediatamente, ¡si no fuera más que eso! Lo terrible del caso es que esos planes nos ponen al nivel de los peores lugares del África negra». El autor de *La educación y sus máscaras* no se casaba con nadie en este punto. Como siempre, su crítica fue cortés en la forma y con la persona, pero implacable y radical en el contenido.

Como no surgido en fuentes oficiales o ministeriales, sino más bien emanado del pensamiento de algunos pedagogos americanos y europeos, señalaba García Hoz el falseamiento de la educación al cual lleva la reducción de ésta al puro y simple aprendizaje, y ello, a su vez, de la peor manera, porque se quería prescindir del uso de la memoria. Evidentemente, el memorismo es una

mala táctica pedagógica, un vicio que no se debe fomentar bajo ningún pretexto. Pero el uso de la memoria debe ser, advertía García Hoz, inteligentemente cultivado. El argumento a favor del desarrollo de esta fundamental potencia humana se cifraba en la inutilidad de los datos que se olvidan y de los argumentos que no logramos recordar. Por otro lado, y frente a las impugnaciones más genéricas del esencial valor de la memoria, García Hoz subrayaba que sin memoria no es posible la conciencia de la responsabilidad de nuestros actos pretéritos, ni se puede hacer uso del «principio de identidad» en ningún tipo de razonamientos.

En la época de la madurez de nuestro inolvidable compañero se había puesto de moda, y todavía continúa teniendo un gran influjo en la sociedad actual, la idea de la educación como algo radicalmente incompatible con el ejercicio de la autoridad del docente, lo cual llevaba a la tesis de la necesidad de evitar las «lecciones magistrales», sustituyéndolas, como una exigencia de la educación activa, por un libre coloquio de los alumnos entre sí y con los profesores. Cuando yo recuerdo las lecciones, verdaderamente magistrales, de D. Manuel García Morente en sus cursos universitarios de Ética, no puedo evitar la idea de que, lógicamente, quienes no son capaces de hacer algo parecido a esas lecciones ni de percibir siquiera su valor, digan, como protegiéndose con un escudo, que hay que evitarlas para asegurar la espontaneidad y libertad de los oyentes.

García Hoz no fue nunca un enemigo de las lecciones magistrales. Supo darlas y supo defenderlas, sin ningún menoscabo de la libertad y la espontaneidad de quienes las recibían, pues las lecciones que son verdaderamente magistrales ponen en tensión y actividad las mentes de sus destinatarios, haciéndoles pensar por cuenta propia cuando las van recibiendo y también más tarde, cuando la reflexión actúa sobre ellas y las hace fructificar sin ninguna violencia ni presión.

Según K. Jaspers, la educación es una actividad que consiste en tratar a un sujeto como si fuese un objeto, sin olvidarse de que es un sujeto. Expresado en la terminología de García Hoz, ello es tanto como decir que educar es tratar a una persona como si no lo fuera, sin olvidar que lo es. Quien educa tiene que influir, de tal manera que quien no influye no educa, sino que se mantiene en lo que Jaspers llama el «libre diálogo entre existencias», entendiéndolo como algo en lo que nadie trata de enseñar nada a nadie, ni de orientarle o aconsejarle en modo alguno. ¿Cabe pensar que esa sea la función del maestro y, en general, la del educador que se toma en serio su tarea?

Es posible, no obstante, la existencia de la educación calificada por García Hoz de «implícita». La educación implícita —y sobre ella versó una de las

más sugerentes intervenciones de él en nuestra Academia— no está expresa y conscientemente dirigida a influir o a orientar en un determinado sentido, pero influye u orienta sin proponérselo, tal como el ambiente lo hace o como lo llevan a cabo, sin ninguna intención preconcebida, quienes están provistos de una vigorosa y contagiosa personalidad.

No puedo abundar más en este asunto porque debo ahora referirme —no dispongo de mucho tiempo— al segundo de los puntos centrales en el pensamiento de García Hoz: lo que antes dejé indicado como el equilibrio entre las dos vertientes, la empírica y la filosófica, de la Pedagogía. En la primera de ellas hay una repercusión muy clara de la Pedagogía anglosajona sobre el pensamiento de García Hoz. Muy concretamente se trata del peso que en él llegó a tener el «análisis factorial» de Spearman, Thurton, Kelly, etc. Nuestro inolvidable compañero Mariano Yela trabajó intensamente en este tipo de análisis, según tuve ocasión de recordar en la sesión necrológica que le dedicó nuestra Academia. García Hoz aplicó el análisis factorial a los ámbitos más específicos y propios de la metodología del aprendizaje y a los estudios sobre el Vocabulario. Su preocupación por el Vocabulario en general y por algunos de sus más significativos aspectos, está bien acreditada a lo largo de una serie de publicaciones en cuyo examen no puedo entrar ahora. Quiero, en cambio, dejar constancia de la fidelidad de García Hoz a la terminología y a la sintaxis del idioma castellano. Su personal estilo literario es de una gran sobriedad, no diré «azoriniana» porque el admirable estilo de Azorín no me parece el más fiel al espíritu del lenguaje castellano, que tiene unos pulmones bastante más dilatables y anchurosos. (Entre paréntesis, me complace añadir que su notable dominio del castellano y del inglés hizo que García Hoz no icurriera en el uso, actualmente tan extendido, hasta en muy afamados escritores, de la lamentable expresión «en profundidad» —versión servil del inglés «in depth» —para el concepto que en nuestra lengua se significa diciendo «a fondo»).

La vertiente filosófica de la Pedagogía se encuentra explícita en no pocas obras de García Hoz y muy especialmente en la titulada *Cuestiones de filosofía de la educación individual y social*. No dispongo de tiempo suficiente para ocuparme de todo lo que en ese libro me parece singularmente relevante. Me limitaré, por ello, a señalar que las cuestiones fundamentales en él son las concernientes a la antropología filosófica. Como una muestra de la formación aristotélica de García Hoz hay en el libro que acabo de citar, y en sus primeras páginas, una muy elaborada referencia a la categoría «accidente», aplicada a la educación. Decir que la educación se inscribe en la categoría aristotélica denominada accidente, y decirlo, además, a los educadores, supone una valentía y un rigor filosófico incomprensible, sin duda, por quienes piensan que la educación es lo más sustancial o sustantivo en el hombre y por quienes ignoran, o no co-

nocen bien, el pensamiento del Estagirita. Pero afirmar que la educación es accidente no significa otra cosa sino que en el educando lo sustancial es su propia naturaleza humana, lo que de un modo innato él mismo es, no la educación que va adquiriendo y que ya presupone esa innata naturaleza. Con lo cual no se está diciendo que la educación tenga un valor exclusivamente accidental en el sentido de lo que carece de especial importancia. También es muy importante la salud y, sin embargo, es asimismo un accidente: si no lo fuera, siempre estaríamos sanos y sin ningún riesgo de enfermar.

Otra tesis mantenida en las *Cuestiones de filosofía de la educación individual y social*, y reiterada en varias intervenciones del mismo autor de esta obra, todas ellas en sesiones ordinarias de nuestra Academia, es la que asegura que la libertad educativa sólo existe cuando la sociedad está regida por el principio de la función subsidiaria del Estado. Tal como he hecho constar en diversas ocasiones, la calificación de «subsidiaria» no tiene en la terminología filosófica, ni tampoco en la de la doctrina social de la Iglesia, el sentido que suelen adscribirle los juristas y que la reduce a significar lo mismo que «supletoria». García Hoz, por el contrario, se refiere a la subsidiariedad en la aceptación ajustada a la etimología. La voz latina *subsidium* no equivale a «suplencia», sino a «ayuda». La ayuda puede eventualmente consistir en alguna forma de suplencia, pero no es su única función, ni la más importante o esencial. El Estado ayuda a la sociedad, ante todo, poniendo las condiciones para que la iniciativa privada, necesaria para lograr el bien común, pueda ser ejercida como un fecundo derecho. Para García Hoz ello es posible y necesario especialmente en el ámbito propio de la actividad educativa. Y todo lo que en este mismo ámbito no se puede alcanzar con la iniciativa privada debe ser hecho por el Estado en la medida en que lo exija el bien común.

Para terminar, hago seguidamente un breve esbozo del ideal de la educación personalizada tal como la ha entendido García Hoz. Para él, la educación personalizada es ciertamente una educación que toma en cuenta la peculiar personalidad de cada educando, viendo en él un ser irrepetible y que como tal no debe ser tratado en calidad de puro y simple miembro de un conjunto (ni siquiera, tampoco, del conjunto de las personas). Pero el concepto que de la educación personalizada tiene García Hoz no se limita a reconocer y subrayar la dimensión de la singularidad personal de cada educando. Mejor dicho: al reconocerla y subrayarla en la orientación de la actividad educativa, lo que viene a hacer García Hoz es encuadrarla en la idea de la educación integral, porque no es integral, plenaria, una educación que no atienda a la concreta singularidad de cada uno de los educandos. Ahora bien, no es esa dimensión la única por la que se puede y debe hablar de una educación integral y, justamente por ello, personalizada.

Para merecer estos calificativos esenciales, la educación ha de referirse —así lo propone García Hoz— al entendimiento y a la voluntad (por supuesto, también a la memoria) como potencias que habilitan al ser humano para captar y vivir auténticamente los valores de la verdad y la virtud, sin los cuales no puede mantenerse en el nivel reclamado por su dignidad de persona. «Educación personalizada» significa, en definitiva, para García Hoz, educación en todas las dimensiones, y fundamentalmente en las más nobles, de la persona que es el educando, y por ello la formación en los valores morales es a la vez la más radical y la más alta.

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás

Un buen día, hace unos doce años, D. Víctor nos convocó a diversos profesores en un seminario de la universidad. Llevaba cinco años jubilado. Pero su júbilo no constituía en dejar de lado el trabajo sino en incrementarlo. Por eso a sus 75 años cumplidos nos reunía para proponernos una tarea gigantesca: preparar un tratado de educación personalizada en más de diecisiete volúmenes. Parecía empresa imposible, pero su energía espiritual hizo posible culminarla hace poco de modo brillantísimo, pues no sólo se publicaron diecisiete volúmenes, sino treinta y tres, que abarcan 13.000 páginas densas. Para ello tuvo que movilizar a un equipo de 215 especialistas, que abordaron el tema desde muy diversas perspectivas. Hoy tenemos en español, escrita por españoles, una obra de gran envergadura acerca del modo óptimo de orientar de forma *personalizada* la formación de las gentes en las diversas áreas del saber: ciencias, literatura, filosofía, historia, etc.

Esta orientación se opone a toda forma de reduccionismo pedagógico, que supone un empobrecimiento de la tarea educativa. García Hoz siempre se caracterizó por su voluntad de enriquecer la persona humana, y no depauperarla y vaciarla. Quería ver el ser humano completo y auténtico, sin falsas *máscaras* que deformaran su rostro. Recordemos que su discurso de ingreso a esta Academia se tituló «La Educación y sus máscaras». Hoy se repite con frecuencia, y la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE) lo subraya enérgicamente, que los educadores deben atender a «la formación personalizada, que propicie una educación integral». Esta fue desde siempre la gran preocupación de García Hoz tanto en sus lecciones como en sus escritos y en su actividad directiva, por ejemplo al frente de la red de colegios denominada «Fomento de Centros de Enseñanza». He tenido ocasión de colaborar estrechamente con alguno de

estos centros —la Escuela Universitaria Europea de Educación, de Madrid— y he podido observar el gran estilo docente que inspira su buen hacer. En gran medida, este estilo sobrio, discreto, pulcro y eficaz se debe a un hombre como D. Víctor, al que todos recordamos con su porte silencioso, atildado y sencillo, tomando notas serenamente como una abeja solícita hasta el último día, bien reciente, en que tuvimos la dicha de contarlo entre nosotros.

Por mi parte, siempre lo recordaré como un hombre de vocación, orientado sin pausa hacia el cumplimiento de su misión personal, entendida como un servicio incondicional a los demás. El que tan delicada y profundamente había escrito sobre el arte de envejecer y sobre la necesidad de ser «fuertes en la edad avanzada» nos dejó un ejemplo admirable de cómo una persona no se jubila en cuanto al cumplimiento de la vocación personal, aunque el correr del tiempo la separe de sus cargos académicos. «Cualquier experiencia —nos dijo aquí en 1992— que se vaya acumulando es un elemento para comprender mejor el mundo, la vida y el hombre. Es lógico que una mayor experiencia lleve a una mayor comprensión. La comprensión de la realidad es uno de los elementos de la madurez humana. Sin duda, su base más firme se halla en los últimos años de una vida prolongada». (Cf. «Sobre la madurez humana», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid 1993, p. 182).

Esta madurez espiritual, que D. Víctor incrementó al máximo merced a su vida profunda de fe, se reflejaba en su serenidad de ánimo y en su alegría. El tema de la alegría había merecido una y otra vez su atención porque a su entender la alegría es un sentimiento que sigue espontáneamente a la conciencia de la obra bien hecha, debidamente programada y llevada a cabo con señorío interior. Libertad interior y alegría van unidas de la mano. En el Homenaje que Fomento de Centros de Enseñanza le rindió a D. Víctor con motivo de la presentación del *Tratado de Educación Personalizada*, dijo estas palabras que condensan buena parte de su pensamiento pedagógico: «...La educación impartida en Fomento se apoya en la alegría que nace del ejercicio de la libertad responsable, del trabajo bien hecho y de la solidaridad bien vivida. Se trata de una línea de pensamiento que asumió el *Tratado de Educación Personalizada*» (págs. 65-66).

La alegría surge en nuestro interior cuando tenemos conciencia de estar en camino de plenitud. Y nuestro querido compañero no hizo sino andar paso a paso este camino tanto en su vida privada como en su trabajo profesional. A su entender, el secreto para formarse es hacer bien las cosas, porque uno se educa a medida que adquiere perfecciones y sólo perfecciona realmente lo que está bien hecho.



Recuerdo que varias giras de conferencias que dí por países de Hispanoamérica fueron procedidas de otras tantas de D. Víctor. Y siempre tenía la satisfacción de oír magníficas referencias de su doctrina y su persona. También ahora se me ha anticipado en el último viaje. Y ha dejado tras de sí el *bonus odor* del hombre discreto, consagrado a grandes tareas, disciplinado y entusiasta. Indudablemente, es un gran don haberlo tratado y seguir contando ahora con su espléndido legado intelectual.

### **LUIS DíEZ DEL CORRAL: IN MEMORIAM**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana

El 14 de marzo de 1991 celebraba la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas una Sesión Pública extraordinaria que tenía como motivos rendir un homenaje debido y proclamar un reconocimiento permanente. El homenaje iba dirigido a nuestro compañero Luis Díez del Corral, a quien reconocíamos en el Acto el bien ganado título de Presidente de Honor de nuestra Corporación.

He vuelto a leer en estos días las intervenciones que dieron argumento y contenido a este homenaje singular y he vuelto a recordar el ambiente inolvidable que ese homenaje a Don Luis Díez del Corral supo crear en torno a su persona y a su vida en uno de los Actos más solemnes y, paradójicamente, al mismo tiempo, más entrañables que registran los anales de nuestra Real Academia.

Ese Acto del homenaje debido a Don Luis Díez del Corral finalizaba con el reconocimiento de la concesión de la Gran Cruz del Mérito Civil realizada por Su Majestad el Rey con unas palabras que no he olvidado y en las que creo que se encuentra el mejor elogio que hoy podemos tributar a nuestro compañero desaparecido que presidió con «autoritas genuina» la vida de la Corporación y que compartió con los Académicos de distintas generaciones nuestras Sesiones de trabajo desde que ingresara en la Academia el 2 de febrero de 1965. 28 años después de esa fecha Su Majestad el Rey afirmaba en nuestra Casa: «Creo que la Corona tiene como muy importante misión destacar la ejemplariedad de las conductas en el seno de las Reales Academias. Porque hay también heroísmos en el trabajo intelectual diario, en la formación de discípulos, en la búsqueda inteli-